



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Cecilio Plá.)



—Ya todo el mundo me llama,
todo dios me busca ya,
y el tamboril de la fama
dice: «Plá-racata-Plá».

SUMARIO

Traje: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Arriba!, por Eduardo Hecillo.—El del arroyo, por Luis de Ansoarena.—Cartas de una madrileña a una provinciana sobre cosas de la corte, por Jacinto Octavio Picó.—Epigramas, por Luis Vidart.—Favor por favor, por Sinesio Delgado.—Más cosas, por Juan Pérez Zúñiga.—Crisis económica, por Carlos Cano.—Quien de prestado se viste..., por Enrique de la Vega.—Mendocinas, por Manuel Suárez García y Lino A. Gil.—Chismes y sucesos.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Cecilio Plá.—De vigilancia, por Cilla.—Amor y arte, por M. Almsn.—Los charadistas (ocho viñetas).—España cómica: Tarragona, por Cilla.



DE TODO UN POCO

¶ Nadie está libre de una pasión.

Hay hombres que llegan a la ancianidad y se enamoran de la criada como dementes.

Conozco uno que escribe versos amorosos a pesar de sus setenta años, y evoca a su musa —una musa con muletas,— y en cuanto la tiene delante se extasia

y siente latir el corazón con velocidad vertiginosa. Después, cuando ha pasado el frenesí, tiene que meterse en la cama de prisa y corriendo y que llamar a la patrona para que le dé unas friegas y le ponga a los pies un cacharro con agua caliente, a fin de entrar en reacción...

Hay hombres que no envejecen nunca y hay poetas adormideras que están dando las boqueadas y siguen *poetizando* como si tal cosa.

Ahora le ha tocado el turno del amor a una respetable anciana de sesenta y tantas primaveras, que ha huído del domicilio conyugal en compañía de un joven inocente y cuasi puro.

El hecho ocurrió en un pueblo de la provincia de la Coruña, y hasta el actual momento histórico se ignora adónde han ido a parar los enamorados.

Ella echó en olvido los juramentos del altar, los deberes de esposa y los gritos de la conciencia, para arrojarle en brazos del joven candoroso, sólo porque éste tenía un lunar de pelo en la mejilla derecha.

La sociedad de la Coruña se desata en impropiedades contra la vieja vehemente; pero gracia a la gracia del amor?

Nadie puede evitar las sugerencias del alma, cuando ésta se apasiona.

Todo concluye en la vida: la belleza, la nitidez de la carne, el fuego de la mirada, los carrillos rubicundos... todo menos la frescura del corazón, que «no envejece nunca», como dicen las jamonas y los poetas de la clase de característicos.

La anciana de la provincia de la Coruña es una víctima inconsciente del amor. Ella vivía alejada del mundo y sus peligros; para combatir el «histérico» tomaba flores cordiales con unas gotitas de aguardiente de anís; para cortar la acidez del estómago hacía uso de la magnesia granular efervescente; para atenuar los dolores del reuma gastaba unos pantalones de bayeta amarilla tan sencillos como caprichosos.

Entre unturas y aguas cocidas veía deslizarse la existencia; pero de pronto apareció en su camino la figura arrogante del joven Lisardo (llamémosle así), y desde aquel punto y hora ocultó los calzones amarillos en lo más recóndito del baúl; arrojó por la ventana el frasco de la magnesia y regaló las flores cordiales a una persona de toda su confianza. Hasta una piel de conejo de campo, que usaba en los días fríos para preservar el seno contra los rigores de la temperatura, la destruyó con mano febril.

El amor había hecho el milagro de la resurrección de la carne, y nuestra heroína no pensó más que en huir... huir a través del bosque, en unión de su amado, favorecida por las sombras...

Entró en la cuadra, nerviosa como una gacela perseguida; ensilló el brioso alazán y fuese en busca del joven inocente.

—¡Huyamos!—le dijo.

—¿Adónde?—preguntó él.

—Donde nadie pueda arrebatararnos nuestra dicha.

—¿Llevas dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Pasa de cinco duros.

—¿Llevas las medicinas que reclama tu estado de decrepitud?

—No llevo más que cerato simple para tu callo y un tomo de *La Ilustración* como anestésico.

—Pues bien, huyamos.

Y se fueron los dos, con gran sorpresa de todos los vecinos...

¿Tiene esto algo de particular?

El amor y la poesía, cuando son vehementes, no reparan en edades.

No hace mucho tiempo que se suicidó una señora en la calle del Salitre por no poder arrancar de su corazón la imagen de un panadero a quien amaba silenciosamente.

Llegaba el hombre a su puerta todas las mañanas con la cesta del pan y la señora lanzaba un grito de júbilo y se le quedaba mirando, con los panecillos en la diestra, inmóvil como una estatua.

—Son cuarenta y cinco céntimos—decía él.

Pero la señora se llevaba los panecillos a los labios, lanzando un suspiro hondo; después pagaba la cuenta y caía en una especie de sopor amoroso, del que iba a sacarla la doméstica por medio de fricciones en la espina dorsal.

Así pasó muchos días, ora contemplando al panadero silenciosamente, ora estrechando los panecillos contra su corazón; ya mesándose los cabellos con frenesí, ya besando la gorra del ser querido, que éste había dejado olvidada en la escalera.

Con aquella gorra bajó la suicida a la tumba, víctima del amor y del desengaño.

De todo es capaz la mujer vieja y enamorada; de todo, hasta de casarse.

Recientemente ha estado a punto de contraer matrimonio una señora de setenta años con un joven de veintidós.

—¿Queréis por esposo a Fulano de Tal?—preguntó el cura a la enamorada vieja en el acto solemne de la boda.

—Sí—contestó ella poniendo los ojos en blanco; y con tal vehemencia pronunció el monosílabo, que se le salieron todos los dientes de una vez, hiriendo en el rostro al que iba a ser su marido.

—¡Qué horror!—dijo éste apelando a la fuga.—¡Casarme con una vieja!

—¿Vieja?—replicó el sacerdote.—¿Vieja y está echando los dientes?

Luis Taboada.

*

¡Arriba!

¡Oh, jóvenes amables que, en nuestros tiernos años, buscáis caminos cortos en pos de triunfos largos!...

¿A qué seguir la senda que os marcan muchos sabios que en el constante estudio rompieron los cascos?

Esa labor difícil y ese laurel tan caro son de generaciones que aquí ya caducaron.

Las nuevas, las flamantes no están en ese caso de entrar en esperanzas para ir a asientos altos.

Seguid la senda fácil que os marcan hoy los guapos

que fama y oro alcanzan sin pieza de trabajo.

¿Que estorba la vergüenza? Podéis echarla a un lado, porque ahora a vergonzosos les cierra el mundo el paso; y es cosa averiguada, y ejemplos viendo estamos, que, con vergüenza, muchos no fueran tan nombrados.

¿Que quierens en política llegar hasta el pináculo, llamarte excelentísimo, vivir en un palacio?

Pues, hombre, los caciques que hoy hacen el milagro, te piden, más que ciencia, arrojo temerario.

Así tendrás un acta
sucia de diputado,
y llegarás arriba
sin trabajosos atajo.
¿Que pides nombre y fama
al mundo literario?
No importa que no sepas
ni jota de los clásicos.
Aquí el saber estorba
hace bastantes años,

y están los que no saben
muy popularizados.
Tú atrévete con todas,
llama *laters* y *hárbers*
á aquel que, por tu estilo,
te encuentre chabacano.
Y ¡arriba, amables jóvenes!...
mas ved que el que señalo,
si es camino muy corto,
no da trianio más largo.

Eduardo Bustillo.

DE VIGILANCIA.



—Hay que observar á las cocineras al tiempo de acostarse, porque se descubren dónde esconden la sisa, y... se descubre otra porción de cosas.

El del arroyo.

No conocí á mis padres hasta un día
en que, volviendo á casa con la vieja
que á su lado me tuvo desde chico,
me mostró una lujosa carretela,
y «Ves esa mujer?» me dijo, y luego
cuando le respondí: «Tu madre es ésa!»
Nada sentí... ¿Pues me importaba acaso?
La otra me dijo un título... ¡Igual era!
Me habló de una fortuna... ¡Bah!... ¡Fortuna!
Miré un instante á la señora aquella
y seguí mi camino, reventado
por diez horas seguidas de faena.

.....
Me casé enamorado como un loco,
y juro, por lo bueno que en mí queda,
que era yo más feliz en aquel tiempo,
no obstante mi trabajo y mi pobreza,
que el noble más mimado por la muerte
que goce de más títulos y rentas.
Duró aquello bien poco, y una tarde,
al volver á mi casa, me hallé muerta

toda mi dicha, en el espacio breve
que existe entre unos brazos que se estrechan
á un cuerpo de mujer... ¡Nudo maldito
que mata un porvenir y una existencial!
Empañé la navaja; huyó el cobarde;
mi mujer, bien herida, cayó en tierra;
y yo á la cárcel y á presidio luego...
por faltar no sé qué para la prueba.
Y tampoco recuerdo si en la cárcel,
ó el día de la vista ante la Audiencia,
volví á escuchar el título de marra
aplicado á aquel hombre sin vergüenza
que á él tenía un derecho indisputable
por la ley de la sangre y de la herencia...
Y ésta es toda la historia de mi vida;
y aquí sigo cumpliendo mi condena,
pensando con furor en aquel hombre,
y con... lo ignoro... en la señora aquella!

Luis de Ansorena.

Cartas

de una madrileña á una provinciana
sobre cosas de la corte,

Querida Pepita: Las que vivís en provincias pensaréis de
fijo que á estas horas, en estos días tristes para la patria, ten-
dremos las madrileñas el corazón en un puño, pues la si-
tuación no es para menos. Realmente, entre la maldita gue-
rra, la probable disolución de Cortes y los procesos municipa-
les, debiéramos estar alarmadísimas, porque nuestros padres,
maridos, hijos, hermanos y amantes, todos aquellos á quienes
debemos querer, ó queremos sin deber, están amenazados de
ir á Cuba, preocupados por la lucha electoral ó en peligro de
ser encausados de la noche á la mañana. Pueden arrebatar-
nos la manigua que asesina, el distrito que entontece, el papel
sellado que deshagra, y sin embargo, aunque sea vergonzoso
confesarlo, nosotras no pensamos en nada de eso más tiempo
del que invertimos en la lectura de un periódico.

¿Sabes lo que nos preocupa? Un acontecimiento extraordina-
rio y rarísimo en los anales madrileños: la clausura del Teatro
Real. Sí, ¡el Teatro Real se ha cerrado! Ya estamos privadas del
placer de escuchar, ó hacer que escuchamos, escalas y gorgo-
rios mientras lucimos desnudos los hombros, que ellos acari-
cian con la mirada: ya no tenemos sitio donde vernos á la vez
separadas y reunidas, sin necesidad de hablar con quien no
queremos. Las que residís en capitales pequeñas y en pueblos,
no podéis imaginar lo que es el Real para nosotras. Los bailes,
las grandes recepciones y comidas, donde va mucha gente,
suelen fatigarnos y enojarnos: en este género de fiestas es for-
zoso sostener conversación con quien se acerca á darnosla, hay
que sufrir, por cort-sía, el trato de todo el que se nos aproxima,
estamos á merced de amigas antipáticas, de rivales envidiosas,
de adoradores importunos, y á todos hay que ponerles
buena cara.

El Real es otra cosa. Allí gozamos mayor libertad: cada pal-
co es como un gabinete independiente, con vistas á un salón:
vemos á *toda Madrid*, no somos visitadas sino de hombres...
que nos cuentan todo lo que sucede, haciendo que adivinemos
lo que no puede decirse. El campo á la murmuración, más ó
menos inocente ó ingeniosa, es vastísimo: con pocas noches de
ir al Real quedas enterada de cuanto se inventa y se sabe acerca
de nosotras; de lo que es verdad, si es malo, y de lo que se
nos atribuye, si es peor. La virtuosa tiene allí trono constante
porque, salvo los que la calumnian, todo el mundo la respeta,
contemplándola año tras año acompañada por quien legítima-
mente puede poseerla; para la que quiere dejar de ser hon-
rada, no hay lugar donde más impunemente se escuchen re-
queiebros, se reciban homenajes y hasta se den avisos de esos
que sólo á dos interesan, aunque haya perjuicio de tercero.
El asistir asiduamente al Real es casi un certificado de riqueza,
de envidiable posición social; y en lo que se refiere al pla-
cer que todas sentimos poniéndonos majas, allí nos es permiti-
do ir vestida cada cual según su gusto: la modesta con ele-
gante sencillez y la fastuosa desplegando todo el lujo que le
acomode.

Ya ves, Pepita, cuántas ventajas tiene el Real para nosotras.
Aquello es tertulia para unas, escaparate para otras, y ocasión
para todas, porque los hombres nos hablan sin que mutua-
mente nos estorbemos. Hay también algunas que gozan con la
música, y hasta éstas hallan su parte de diversión. Conozco
madrileñas que antes renunciaban al viaje de verano que á su
turno del Real, y he oído afirmar que no son pocas las que,
para poder pagarlo, empeñan sus alhajas: dicen gentes mur-
muradoras ó envidiosas que á principio de temporada se nota
en el Monte de Piedad, por la afluencia de joyas, la apertura
del teatro.

Pues bien, á pesar de todo esto, el Real se ha tenido que ca-
rrar. Sí, hija mía, en plena restauración, durante el mando
del partido conservador... ahora salimos con que, por lo visto,

el Madrid elegante y rico no tiene bastante dinero para sostener aquella. ¿Quién lo había de decir? La nobleza de la sangre, la aristocracia del dinero, la alta banca, los funcionarios de sueldo gordo, en una palabra, los favorecidos por la fortuna y los vanidosos que gastan cuanto tienen en aparentar que son ricos, todos juntos no reúnen lo bastante para sostener el Real. Pero esto, que parece una sorpresa muy grande, es una verdad muy vieja, de la cual te voy á convencer.

Si Madrid pudiera pagarse ese teatro, los individuos que se dedicaran á explotarlo realizarían ganancias: acaso por dejadez ó falta de inteligencia perdiese alguno, pero no habían de incurrir todas en los mismos errores. Pues lee y tiembala.

Contando los empresarios del titulado regio coliseo de que he oído hablar á mis padres y los que yo misma he conocido, vengo á sacar en limpio que ninguno ha hecho allí fortuna.

Creó el teatro el ministro conde de San Luis, poniendo á su frente como delegado del Gobierno á un comisario regio: este sistema, en el cual, según todas las apariencias, el Estado hacía de empresa, debió de presentar grandes obstáculos cuando al año siguiente se concedió el negocio, por primera vez, á un particular, D. Fernando Urries, viejecito aragonés muy rico y simpático á quien conocí de niña: este señor perdió muchísimo dinero.

Sucedióle un francés que se llamaba Bagier, e primero, según creo, que trajo á la Patti; también sufrió grandes quebrantos. Vino luego Caballero del Saz, cuya empresa no tuvo mejor suerte. Le siguió Teodoro Robles, el cual, aunque ganó bastante en un par de temporadas, dejó allí un dineral en las sucesivas. Rovira no creo que ganara en ninguna; y lo que les ha sucedido al conde de Michelena y á Rodrigo es historia de ayer. De modo que ni durante el reinado de Isabel II, cuando había en Madrid muy pocos teatros, ni durante el período revolucionario, ni luego bajo la restauración, ha sido posible sostener la escena italiana. Y lo que no se logró en tiempos en que los cantantes cobraban sueldos razonables, ¿ha de lograrse ahora que hay que pagarles un sentido? De seguro que no: el Teatro Real es á la sociedad madrileña, y no á la aristocrática ni á la burguesa separadamente, sino á toda ella, lo que sería un magnífico aderezo de brillantes para una mujer de mediana fortuna: no puede usarlo, y menos á diario.

Rudo golpe fuera éste para nuestras ilusiones si fundáramos parte del orgullo nacional en tener teatro tan costoso siendo una nación pobre. Consolémonos recordando que en París, donde hay una población flotante de 60.000 extranjeros, de los cuales más de la mitad van á divertirse, no puede vivir la Ópera sino mediante una subvención crecidísima y limitándose á dar cuatro ó cinco funciones por semana. Lo que acaba de suceder ha demostrado, á pesar de la protección directa é indirecta con que las altas clases sociales le favorecen, que el Real cuesta mucho más de lo que produce.

Claro está que ha de haber, sin embargo, quien lo tome, porque el negocio teatral es tan tentador, se parece tanto á la monarquía absoluta, que no ha de faltar empresario. Y no te rías de esto que digo. El empresario da empleos y ascensos, señala sueldos, decreta cesantías, impone multas, hace beneficios, satisface rencores, todo á costa de su bolsillo, pero gozoso, contento, sin creer, por regla general, en la posibilidad de su ruina hasta que es inevitable. «Ya es tarde», dicen los pueblos á los reyes cuando sus errores no tienen remedio: los públicos dejan de ir al teatro sin dar explicaciones.

Pero tales pueden ponerse las cosas que los hombres ricos se persuadan de que el Real es un pozo ahorrón para el dinero. ¿Qué sucederá entonces? Pues estamos expuestos á que cualquier Gobierno sostenga con fondos del Estado la ópera italiana, ó la subvencione prodigamente, so pretexto de que la capital de la monarquía no debe carecer de aquel espectáculo aristocrático y de buen tono, donde asisten las clases elevadas ó *directoras*, como ahora dicen los mismos que las componen. El Gobierno bajo cuyo mando no haya quien quiera ser empresario hará empresa al Estado para que la corte no pierda esplendor, y aquí, donde los teatros nacionales viven, ó quiebran, sin sombra de protección oficial, se protegerá el teatro extranjero. Dirás que el arte no tiene patria, y tendrás razón; pero ¿es arte tan extraordinario y tan excelso el de las óperas mal cantadas para que debamos pagarlas todos los españoles, desde el que cobra un sueldo de miles de duros hasta el que tiene que dejarse embargar la yunta ó el terruño? No: el día en que eso se intentase habría que recordar aquella frase de cierto pariente mío que escribió una zarzuela célebre.

Quejábanse una noche Salas y Barbieri de que la ópera, sin poder vivir desahogadamente, perjudicaba mucho á los demás teatros, y dijo Barbieri:

—Hay que quemar el Real.

Y siguiendo la broma, añadió Pepa Picón, el autor de *Pan y toros*:

—Pues me suscribo por una lata de petróleo.

Aquí llegaba, cuando leo en los periódicos que ya hay empresa nueva para el Real; y, sin embargo, no rompo esta carta. Esa empresa no conseguirá que la sociedad madrileña sea más rica de lo que es: á la larga, tal vez muy á la corta, correrá la misma suerte de sus predecesoras. Y si entonces hay mal aconsejados ministros que intenten proteger el espectáculo ita-

liano con dinero español, habrá llegado el momento de que los escritores, músicos y artistas españoles hagan una campaña, yendo hasta las Cortes, si es preciso, para que el teatro italiano no tenga aquí más privilegios que en los otros pueblos de Europa, donde no tiene ninguno. Nadie me excede en admiración hacia los grandes maestros, sean de donde fueren, que con la música dicen y hacen sentir al espíritu todo aquello á que no alcanza la palabra humana; pero niego que todos los españoles deban contribuir á pagar el placer de unos cuantos.

No me atrevo á creer que, por evitar á las altas esferas sociales la mortificación de vanidad que supone la clausura definitiva del Real, haya ministros que derrochen y malversen los caudales públicos que hoy reclaman atenciones sagradas. ¡Bonito estaría que se gastase en gorgoritos lo que hace falta para raciones de soldados!

Pero como los Gobiernos son capaces de todo, bueno será que los periódicos se fijen en lo que sucede de aquí en adelante; porque si la osadía ministerial llegase hasta proteger á una empresa con dinero de la nación, ó á convertir á ésta en caballo blanco, sería cosa de apurar todos los medios imaginables, primero para que se supiera el intento, y luego para que se estorbara el abuso.

Perdona que haya insistido en esto, pero la cuestión del Real estaba siendo la preocupación de Madrid: no se hablaba tanto de los telegramas de Cuba, á pesar de la sangría suelta que allí tenemos.

Adiós, Pepita. Te quiere siempre tu amiga

ANA GRAMA.

En su nombre,

Jaime Octavio Picón.

★

AMOR Y ARTE, por M. Alonso.



★

ÉPIGRAMAS

Porque escribe malos versos
llaman á López poeta;
también se llama pintores
á los que pintan las puertas.

Esto contaba un paleta
al cura de su lugar:
—Refer, lei en una muestra
de la calle de Alcalá;

que tú robes ó que él robe,
todo es lo mismo, robar.
¡Sólo en Madrid se consiente
letrado tan inmorall!

—¿Por dónde se va á mi casa?
preguntó anoche un borracho,
y le contestó una chula:
—Por la prevención del barrio.

Luis Vidart.

Los charadistas.



—Verás cómo la *fustilamos* inmediatamente. «Con mi *prima* y mi *tercera*...»



«Con mi *prima* y mi *tercera*
vuela el *avé*...»
—¡Aia! ¡No puede ser más que *aia*!



—¡Caramba! ¡Pues no sale!



«*Segunda preposición*,
ya se sabe.»
—De. ¡Adela! ¡Es Adela! ¡Si ya sabía yo que no podría resistirse!



—Vamos á empezar por aquí. «*Segunda preposición*...»



—Gracias á Dios que ha venido el periódico. Á ver si está nuestro nombre entre los de los que han acertado la charada.



—Preposición, preposición...



—¡Si no es *Adela*! ¡Tú! ¡que no es *Adela*!
—¡Cómo, que no?
—¡Si es *adela*!

ESPAÑA CÓMICA.



FAVOR POR FAVOR

Sobre una ruin borriquilla
fiaca, matalona y fea,
por los campos de Castilla
volvía yo hacia mi aldea
aguantando el cierzo alevé
que atravesaba la ropa,
trayendo polvo de nieve
desde los Picos de Europa.

Bajo una capa de hielo
yacía el campo dormido
y brillaba el duro suelo
como el acero bruñido;
se hundía el sol lentamente
y el cielo gris parecía
que saturaba el ambiente
de negra melancolía.

.....
Pero, en fin, vamos al hecho,
que casi casi no es nada.
Ella fué que en un repecho
alcancé á una desgraciada

lavandera, que volvía
de sus faenas del río
con su saco. La seguía
un rapaz muerto de frío,

llorando á más no poder
con tan intensa amargura
que daba lástima ver
á la pobre criatura.

Llevaba los pies desnudos,

la ropita hecha jirones
y con un cordel de nudos
sujetos los pantalones...

No me pude contener,
quise darle algún consuelo
y dije:—Buena mujer,
alárgueme asté al chicuelo.

Le senté sobre la albarda,
donde se me hizo un ovillo
envuelto en mi capa parda
de las recias de Astudillo,
y le di un beso en la frente
y cesó el llanto al instante...

.....
Seguimos tan ricamente
por el camino adelante,
y suponiendo el pequeño
que era mi brazo una almohada,
llegó lo mismo que un leño
al final de la jornada

Allí, con pena sincera,
devolví á la madre el hijo,
y la pobre lavandera

—Dios se lo premie, me dijo.
—Gracias, en este momento
me está premiando, señora.
—¿Sí?

—Con el placer que siento
al ver que el niño no llora.

Sinesio Delgado.

Más cosas.

I

EL SUEÑO DE RAMÓN

Á poco de irse á acostar
el pobre Ramón, el chico
de Luisa Valdeolomar,

dormíase como un borrico
y al punto empezó á soñar.
Soñó que estaba sentado
á la mesa y preparado
para clavárselos dientes
á unas tortas excelentes

que le habían regalado.

Ya se las iba á zampar,
cuando á misa oyó tocar
y dijo: «¿Las como á qué?
¡Bah! Después de regresar
de misa las comeré.»

Fué á misa y con devoción
la oía en sueños Ramón,
mas despertó en el instante
de soñar que el celebrante
echaba la bendición.

Y entonces, desesperado,
exclamó el chico de Luisa:
«¡Caramba, qué torpa he estado!
¿Por qué no me habré zampado
las tortas antes de misa!...»

II

EN GLOBO

Hoy, por su traje, las damas
son globos á medio inflar.
¡Con qué placer, si ascendieran,
sería yo el capitán!

Sería yo el capitán,
y al tiempo de la ascensión
no habría un hombre de miras
más elevadas que yo.

III

CONTRASENTIDO

Juan, que es letrado famoso,
va á la Audiencia muchos días
á las vistas de los pleitos
y causas que le confían.

Y ayer, cuando de su novia
con pena se despedía,
la dijo:—Adiós, no me olvides,
y hasta el domingo, mi vida.
—¿Pues y mañana?

—Mañana
no puedo verte, hija mía.
—¿Y por qué no puedes verme?
—¿Por qué? Porque tengo vista.

IV

DESOBEDIENCIA

Cuando fueron á León,
Magdalena y Asunción
chicas á cual más coqueta,
su madre doña Enriquera
las condujo á la estación.

Tras de hallarlas acomodado,
las despidió de este modo:
—Adiós, hijas, que llevéis
feliz viaje y, sobre todo,
sobre todo, no choquéis.

Pero á poco de montar,
ambas niñas, por sus fueros
y su modo de mirar,
chocaron... á los viajeros
¡Pues no habían de chocar!

V

CANTAR

No me importa estar sediento
y no hallar fuente cercana,
que sólo con recordarte
se me hace la boca agna.

Juan Pérez Tríniga.

Criado económico.

Modelo de sumisión
y fiel á machamartillo.
era el soldado Ramón,
asistente en Castellón
del teniente Barbadillo.

Complaciente y reservado,
con nadie armaba camorra,
y es fama que, en lo callado,
hasta la tumba, á su lado,
parecía una cotorra.

Por su amo se desvía, cuando le mandaba hacia con pasmosa actividad, y en cuestión de economía era una especialidad.

Cuando á comprar le mandaba Barbadillo, se admiraba, por no ser cosa corriente lo barato que compraba el bueno del asistente.

Regateando á maravilla y andándo de coromilla por ver de ahorrar un ochavo, lograba sacar astilla del comerciante más bravo.

Y por qué claro se vea su económico ardimiento, de él un hecho dará idea que, aunque alguien cuento lo crea, no tiene nada de cuento.

Carta para el oficial le entregó el cartero, y al ver que no se la pagó, el *perro chico* exigió, como era lo natural.

Y el asistente intrigante le dijo de mal talante: —¡Cinco céntimos! ¡Qué horror! Tome usted dos, que en rigor con dos ya tiene bastante.

Que era tasa del gobierno le probó el cartero airado, y él, por no armar un infierno, dando á los aires un termo, le dió el *perro* estipulado.

Pero en cuanto le pagó tras el cartero salió y, astato como un pillete, sin sentirlo, le sacó otra carta del paquete.

A su amo con alegría le contó su picardía, probándole, en puridad, que, siendo dos, le salía la carta por la mitad.

Pero al ver que rechazó la que él sustrajo, exclamó guardándola: —Esto me auxilia, pues la mando á mi familia y me ahorro una carta yo.

Carlos Cano.

QUIÉN DE PRESTADO SE VISTE...

I

—¡La ropa! Voy á vestirme para hacer una visita.

Rosario, los pantalones... ¡Vaya una tela más linda! Á ver... el chaleco blanco. ¡Qué chaleco! ¡Qué delicia! Las botas... Me están estrechas. Me pondré las zapatillas, esas negras con tacones y punteras, que son finas y parecen unas botas. ¡Las tengo gran simpatía!... ¡Llevo ó no la americana? No, llevaré la levita, que está de moda y es prenda elegante y distinguida... ¡Ajá! Venga el sombrero de copa. ¡Preciosa *bimbal*!... En fin, adiós, hasta pronto; voy á ver á una familia.

II

—(¿Me verá alguno? ¡Qué miedo! ¡Valor y andemos de prisa!)... ¡Tómelas! ¡Y usted perdone!... ¡Ahí va, pero no sabial...!... ¡Cómo iba yo á figurarme!... ¡Le ruego que no lo diga!

(¡Qué bochorno!) Usted dispense!... (¡Pues me han dejado en camisa!)

III

¡Tilín! ¡Tilín!—Aquí estoy. —¡Así tú! ¡Virgen Santísima! —Deja que te cuente todo y de fijo te lo explicas. Salgo y me encuentro en la calle á Jackson Veyán. Me mira, y hace quitarme el calzado. Me lo quito, y se las guilla. Un poco después me encuentro con Ramos Carrión. Se fija, me quita el *chaleco* él mismo, me insulta y dobla la esquina. Á algunos metros que anduve, Enrique Gaspar me avisa. Cruza á mi acera muy serio y se lleva la levita. Quiero tomar un simón para volver en seguida, cuando me coge Barranco por las piernas y me tira, me saca los *pantalones* y sigue la calle arriba. Tomo el coche, y de repente entra por la ventanilla el brazo de Vital Aza que la *chistera* me quita. Llegamos, me bajo, entro... y aquí estoy.

—¡Dios de mi vida! Ahora lo comprendo. —¡Claro! Esa ropa no era mía. Al que de ajeno se viste, en la calle... lo *fastidian*.

Enrique de la Vega.

Menudencias.

La novela de Galdós me rompió ayer la criada, y me dijo sollozando que me había roto el *Halwa*.

MANUEL SUÁREZ GARCÍA.

Un libro ha publicado Pepe Mairana. Toda la prensa dice que es cosa buena. Luego he sabido que ningún periodista se lo ha leído.

LISO A. GIL.



CHISMES Y CUENTOS

Max Lebaudy, le *petit sucrier*, como dicen que le llamaban los guasones que le estaban sacando el reda-

ño, murió, como estarán ustedes hartos de saber, en un hospital, donde estaba en observación.

Los médicos militares debieron darle de baja en el servicio, pero ¡la prensa, indignada, protestó de que tal cosa pudiera hacerse, los socialistas pusieron el grito en el cielo y el pobre millonario, sólo por serio, fué tratado con manifiesta injusticia (que no se hubiera cometido con el hijo del último trapero) en el país de la *égalité* y de la *fraternité*.

Y para postre se descolgó Blasco con un articulo en que venia á decir, poco más ó menos:

«Ha muerto le *petit sucrier*. ¡Bien muerto está! ¿Para qué servía?»

¡Rediez! y luego ha resultado que servía para que le explotaran indignamente algunos distinguidos timadores, compañeros de redacción de Blasco en el *Figaro*, y para que le sacaran dinero todos los vividores de la buena sociedad parisién, que, por lo que se va viendo, se compone casi exclusivamente de gentuza.

Y ha servido además para demostrar que la prensa seria, importante, la que difunde la civilización por todo el universo, se dedica escandalosamente á dar cartuchos de perdigones, como cualquier *portugués* de las Vistillas, á todo el que tiene dos pesetas.

Y ha servido además para probar que el corifeo hembra del socialismo, Mad. Severine, que contribuyó con su *acurada* peñola á que reventaran á le *petit sucrier* por el solo hecho de ser millonario, aprovecha eso del socialismo para ser querida de otro corifeo en primer lugar, y en segundo para sacar dinero á los burgueses por el procedimiento del *chantage*, en venganza, sin duda, de lo mucho que ellos explotan al proletariado.

De modo que... ya ve el amigo Blasco si ha servido para algo en el mundo Max Lebaudy.

No hablemos de Cuba.

Ya se cansa uno de que los insurrectos hagan todo lo que se les autoje.

Así es que los periódicos, para calmar la ansiedad del público, deben concretarse á copiar las propuestas de recompensas que hace todos los días el general en jefe para premiar tantas y tan brillantes victorias, y que el Gobierno paternal, bondadoso é insustituible, se apresura á aprobar con mil amores.

¡Ustedes han recibido la visita del encargado de repartir las cédulas!

Yo no.

No he recibido más que un aviso, por medio de la prensa, diciéndome que no debo descuidarme en ir á pagar á casa del arrendatario, porque si no lo hago, vamos á entrar en el período del apremio, y me va á costar la broma un ojo de la cara.

¡Eso es organizar bien un servicio, y lo demás es broma!

Parece lo lógico y natural, y hasta creo que la ley lo manda, que los impuestos se cobren en el domicilio del contribuyente. Pues bien, éste de las cédulas es privilegiado, se conoce. Y no sólo hay que pagarle, sino que el encargado de la recaudación se está tranquilamente en su casa esperando que los vecinos de Madrid vayan como borregos á depositar su óbolo, perdiendo lastimosamente el tiempo, abandonando sus ocupaciones y renegando de la hora en que vieron la luz.

Y proteste usted, ó espere usted á que la ley se cumpla.

Cuando menos lo espere usted, le han cogido los muebles y se los han llevado al depósito hasta ver lo que usted determina.

¡Oh! ¡La vida es buena y variada! No puede negarse.

Libros:

Por la abundancia de libros recibidos en estas últimas semanas, nos vemos obligados á dar cuenta muy sucinta de ellos, rogando á los autores que nos dispensen.

El positivismo moderno en la filosofía y el derecho, estudios de vulgarización científica, por D. Antonio Sotillo. Precio: 50 céntimos.

Al pie de la roca, colección de cantares originales de D. David del Pino, de Sevilla.

El castigo de vivir, drama en tres actos y en prosa, original de D. Luis de Val, estrenado con buen éxito en el Teatro de Novedades de Barcelona.

Historia natural.—Tratado I.—Las ciencias de ayer y la ciencia de hoy, por D. Odón de Buen, con el retrato del autor y cuarenta grabados. Precio: una peseta.

El sol y la luna, por Camilo Flammarion, versión española de don Edmundo E. García. Precio: 50 céntimos.

El 1900!, sainete en un acto, en prosa y verso, original de los señores D. Antonio Casero y D. César Pueyo, estrenado con buen éxito en el Teatro de Variedades.

Sevilla intelectual, sus escritores y artistas contemporáneos. Setenta y cinco biografías de los mejores ingenios hispalenses, por D. José Cascas y Muñoz, con una carta de Menéndez Pelayo. Precio: 5 pesetas.

Album de poesías, de escritores valencianos; edición lujosísima de que no se han hecho más que noventa ejemplares. Acompaña á la colección un prólogo de D. Teodoro Llorente.

La ley natural, ó principios físicos de la moral, por C. F. Volney. Precio: una peseta.

Parnas, poema en seis cantos, por D. Salvador Rueda. Precio: una peseta.

La mujer y la Iglesia, por D. Julio Fernández Mateo. Precio: 15 céntimos.

Cristo en el Vaticano, por Víctor Hugo, traducción en prosa y traducción en verso. Precio: 15 céntimos.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano, discurso pronunciado por el obispo Strossmayer en el Concilio ecuménico de 1870. Precio: 15 céntimos.

Discursos leídos ante la Real Academia sevillana de buenas letras el 8 de Diciembre de 1895 por los Sres. D. Francisco Rodríguez Marín y don Luis Montoto en la recepción del primero.

Jagato y manos, artículos, poesías y epigramas por D. J. F. Sanmartín y Aguirre. Precio: 3 pesetas.

Remembranzas, poesías de D. José Sánchez Rodríguez, con un prólogo de D. Carlos Mosé Moreno. Precio: una peseta.

Juana la Papisa, por D. Julio Fernández Mateos. Precio: 15 céntimos.

Perfiles matemáticos, extravagancia cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, en verso y prosa, original de D. Mariano Muzas y D. Javier Luceño, música de D. J. García Vilamala, estrenada en el teatro de La Gran Vía de Barcelona.

Cuentos, por Alejandro Larrabiera. Forma el tomo primero de la Biblioteca Española. Precio: una peseta.

El hijo del torrente, melodrama en tres actos y en verso, original de D. Florentino Molina y D. Vicente Santana, estrenado en el Teatro Moderno.

Anuario postal y telegráfico, por D. Dionisio Sánchez Moraleda y don Francisco de Asís Gutiérrez, empleados del cuerpo de Correos. Precio: 2 pesetas.

El bajo de arriba, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de D. Emilio S. Pastor, música del maestro Chapi, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava.

Bufo abierto, comedia en un acto y en prosa, original de D. Francisco Roig Bataller, estrenada en el Teatro de Apolo de Valencia.

Apuro de una casada, comedia en un acto y en verso, original de don Adeodato Herrera y Reyna, estrenada en el Teatro Principal de Vélez Málaga.

Defensa del catolicismo, por D. Abdón de Paz, sexta edición.

La pulsera, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Javier Luceño y D. Manuel Cerezo de Ayala, estrenado en el Teatro Lírico de Barcelona.

—o—

Por falta absoluta de espacio retiramos la sección de *Correspondencia particular*.

Pero ¡por Dios! no vayan ustedes á creer que se suprime como reforma. ¡No! Eso nunca.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 2 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICÓN

Precio, 3,50 pesetas.



COGNACS

Puros de vino garantizados
Elaboraciones y soleras desde 1837

GRAN DESTILERIA A VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 87 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES

(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MARSEILLAS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAS, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de las Artes de M. G. Hernández, Llaneta, 15 imp.ª